



# Confianza y capacidad social:

## razones para confiar y desconfiar ante la violencia\*

*Esteban Ignacio Marín Ávila*

**E**n esta sesión quiero plantear algunas problemáticas y lanzar algunas ideas a propósito del papel que juega la confianza en la capacidad para participar en la conformación, reproducción y transformación de la realidad social. Considero que es especialmente relevante abordar este problema en conexión con las consecuencias de la proliferación de la violencia en la sociedad, pues este fenómeno y la descomposición social que acarrea

---

\* N. del E. Consulte las referencias completas en Apéndice, p. 232.

permiten apreciar la relevancia de reflexionar sobre la dimensión racional de la confianza y sobre algunos desafíos prácticos fundamentales que se desprenden de tal dimensión.

Éstas son las principales ideas que exploraré:

1. Que alguien sea tenido por confiable implica que es capaz de entablar relaciones sociales con la persona que confía en él. Por relación social entiendo aquí algo muy específico: una forma de orientación recíproca en la que se aspira a realizar algo que solo es alcanzable en la medida en que implica las voluntades de varias personas, y con ello, ciertas formas de colaboración. Tal colaboración implica, por su parte, la capacidad de participar en interacciones que cabe pensar como actos sociales o actos de habla: decir, prometer, ordenar, pedir, declarar, etcétera (véase Austin, 1962).

De acuerdo con lo anterior, confiar en alguien es otorgarle capacidad para colaborar con nosotros, para decirnos, prometernos, pedirnos, declararnos cosas, o para ordenar o recibir órdenes, entre otros. Esto guarda relación con el hecho de que confiar y recibir confianza conllevan ampliar nuestra capacidad de actuar en el mundo, esto es, ampliar el horizonte del sentido que podemos dar a nuestras acciones y de las cosas que podemos efectivamente llevar a cabo mediante la concurrencia de nuestros esfuerzos.

206 |

Quien confía en otras personas puede emprender racionalmente acciones cuyo sentido se le escapa de manera parcial porque dependen en parte de inteligencias prácticas ajenas, además puede llevar a cabo estas acciones de manera eficiente en conjunto con sus contrapartes en la confianza. En suma, esta actitud emotiva es un magnificador de nuestra agencia, pero no solo en lo que respecta a su capacidad, sino también en cuanto a la inteligencia de medios y de fines; por tanto, también respecto

al sentido que damos a nuestras acciones. Con ello, la confianza abre la posibilidad de emprender acciones racionales que de otro modo no serían posibles.

2. Que la confianza magnifique nuestra capacidad de actuar racionalmente en el mundo no quiere decir que confiar y corresponder a la confianza depositada en nosotros sea siempre racional. Esto es algo que se hace especialmente patente ante el problema de habitar o moverse en una sociedad violenta.

Confiar y recibir la confianza de otras personas significa ser capaz o ser susceptible de tomar parte con ellas en relaciones sociales de todo tipo, incluyendo las de dominación. Solo puede obedecer órdenes quien al mismo tiempo es capaz de prometer obediencia, y puede prometer obediencia quien por cualesquiera razones le parece confiable al dominador. Cuando estas promesas no se dan en respuesta a amenazas del uso de la fuerza o de violencia de cualquier tipo, se dan bajo la asunción de que quien domina es digno de nuestra confianza. Ejemplo de esto es la autoridad de un maestro o de un líder moral o político. Además, la expresión de la confianza puede dar pie a otras formas más sutiles, a veces deliberadamente encubiertas, de dominación, como ocurre con ciertas formas de chantaje y de manipulación emocional.

Sin embargo, confiar en alguien implica hacerse vulnerable frente a dicha persona. Otra forma de plantear que no es posible confiar en alguien sin darle la oportunidad de traicionar esta confianza: confiar implica siempre aceptar, aunque sea de forma tácita, la posibilidad de que otras personas usen esta confianza en nuestra contra. A nadie se le puede escapar que en entornos violentos esta posibilidad es prominente y puede tener consecuencias graves. Es justo en referencia a entornos plagados de amenazas, donde la confianza no se puede dar por sentada o natural y espontánea; se vuelve relevante preguntar: ¿en quié-

nes?, ¿en qué asuntos y en qué circunstancias debemos confiar? ¿Y por qué confiar implica asumir un riesgo que en estos casos es alto?, no podemos evitar pregunta, además: ¿qué ganamos con confiar? En suma: ¿cómo y por qué crear ambientes en los que sea posible confiar?, ¿cómo no equivocarse al correr el riesgo de confiar?, ¿en qué debemos fijarnos para ponderar si vale la pena correr el riesgo de ser traicionados?

Empecemos, entonces, por una reflexión sobre la violencia. Bajo este nombre solemos identificar fenómenos y relaciones tan disímiles que pareciera no cabe obtener de ellos ningún concepto destacado o explícito. No intentaré aquí plantear tal concepto unitario, sino apenas destacar algunas facetas de fenómenos que solemos identificar con tal nombre y que son especialmente relevantes, a propósito de las motivaciones para confiar o desconfiar y del problema de la racionalidad en la confianza.

El término *violencia*, en la acepción que uso, remite al carácter destructivo de algo (véase Arendt, 1970), si se quiere distinguir la destrucción propia de los fenómenos humanos; se refiere a acciones y formas de ordenar la agencia —hábitos, tradiciones, prácticas u ordenamientos— cuya realización o ejecución consiste precisamente en destruir algo, aunque sea con el propósito de transformarlo, o en el caso humano, de coaccionar. En este sentido, la coacción es una manifestación de la violencia, pero hay también violencia que no pretende coaccionar, sino simplemente dañar, destruir o aniquilar a la persona violentada.

Creo que le asiste la razón a Hannah Arendt cuando señala que la violencia es una relación que tiene su origen en el orden de lo instrumental (véase Arendt, 1970). En este sentido, es violencia toda infracción del imperativo categórico kantiano en su formulación de tratarse a sí mismo y de tratar a los demás, siempre como fines en sí mismos y nunca como medios.

Sin embargo, a propósito de la instrumentalidad de la violencia se debe hacer un matiz importante, pues hay también una violencia que podríamos denominar “ontológica”: la destrucción de la persona violentada junto con la destrucción de toda la cadena de medios y fines que constituyen el relieve práctico del mundo en una sociedad dada. Esta concepción pertenece a los Cuadernos sobre ética de Sartre. Para el pensador francés, dicha forma de violencia absoluta es una forma nihilista de rechazar el mundo como ordenación de medios y fines. Uno de sus ejemplos remite a la violación sexual de una adolescente por parte de un campesino: quien comete esta agresión no solo rechaza la seducción como medio para tener un encuentro sexual con la persona deseada; por el contrario, al degradar a su víctima a la condición de mero objeto, no obtiene la satisfacción del deseo que lo mueve, sino el del autoengaño o la mala fe de una posesión. A lo que apunta su acción es a destruir un mundo donde no le es posible satisfacer su deseo. Me interesa destacar aquí la observación sartreana de que tal forma de violencia absoluta que apunta a aniquilar el mundo, surge cuando la fuerza resulta inadecuada para alcanzar los fines que uno se propone. En este caso, lo deseado por el violador no se puede obtener mediante la fuerza: de ahí que la violencia aparezca como forma de negarse a nacer en un mundo formado en el establecimiento de relaciones con los otros. Este curso de pensamientos gira en torno a ciertos rasgos de la violencia que han sido también observados en fechas más recientes por Rita Segato en el contexto de reflexiones sobre la violencia sexual.

Como se sabe, Segato explica la violencia sexual de las sociedades contemporáneas, a partir de la coexistencia de un orden y una forma de pensamiento tradicional asimétrico, al que llama “la ley del estatus”, y otro moderno, de corte igualitario: “la ley del

contrato". Desde su perspectiva, la violencia sexual, en particular la violación, sería una forma tradicional de disciplinar a las mujeres que no asumen una posición subordinada a la de los hombres dentro de sus respectivas sociedades. Dicha subordinación tendría una forma tributaria —de cuidado, afecto, sexo, hijos, trabajo no remunerado, entre otros— que guarda una relación directa con el honor de los hombres (*cf.* Fraser, 2014). En consecuencia, Segato observa que la violencia sexual de las sociedades modernas obedece a la persistencia del orden y del pensamiento premoderno de "estatus" cuyo conflicto con el "contrato" moderno impone un mandato de disciplinar mediante la violación, a quienes transgredan dicho orden tradicional que funciona sobre la base de la subordinación tributaria de un grupo de la población: las mujeres o los sujetos feminizados, si se considera la repetición de este esquema en las prisiones de hombres. Ahora bien, Segato señala que la violencia pura de las violaciones cruentas y de los consiguientes feminicidios, que para ella representa el paradigma de toda forma de violencia, tiene un excedente que no se puede explicar en términos instrumentales. Con base en testimonios de agresores convictos, este excedente constituye un fin emocionalmente satisfactorio en sí mismo, pero también es fuente de perplejidad: no se consiguen explicar por qué cometieron dicha agresión de la manera en que lo hicieron.

210 |

¿No puede entenderse este exceso también en los términos de la caracterización nihilista de la violencia absoluta a la que alude Sartre? Cuando la fuerza llega a ser inadecuada para restaurar el orden del estatus, entonces el hombre disciplinador puede recurrir a la violencia absoluta que apunta a la aniquilación del mundo que se pretende regir por la ley del contrato. En ese sentido, dicha violencia se dirige a la aniquilación del establecimiento de ciertas relaciones sociales no compatibles con las

asimetrías de relaciones sociales tradicionales. En lo que tiene de excedente, la violencia sexual sería entonces síntoma del rechazo de sus perpetuadores a integrarse en el mundo de lo que Segato llama “el contrato”, un mundo formado en el establecimiento de relaciones sociales simétricas entre hombres y mujeres.

No es obvio, ni mucho menos, que sea reprochable o condenable toda violencia entendida como agencia o formas de agencias destructivas en sí mismas o transformadoras a través de la destrucción. Aunque tienda a encontrarse en una relación inversamente proporcional al poder, entendido arendtianamente como la capacidad de un grupo para actuar en concierto, también es cierto que la permanencia del poder frente a las amenazas internas o externas de su disolución presupone cierta base, aunque sea mínima, de violencia (véase Arendt, 1970). La coacción parece necesaria hasta cierto punto para la socialización primaria, es decir, para la educación primera, y con ello, para la reproducción social. También parece serlo para el establecimiento de leyes que sancionen conductas que impliquen violencia de género y violencia sexual. Estas son formas de violencia que debemos considerar inaceptables y reprensibles, porque apuntan a degradar a la mujer y aniquilar el régimen igualitario en el que se supone vivimos, o en realidad, en el que aspiramos vivir.

Con las últimas palabras espero dejar claro que no pienso que las problemáticas y encrucijadas en las que nos sitúa habitar un entorno violento se puedan resolver buscando eliminar toda forma de violencia. El problema es más complejo. Lo que quiero examinar aquí es cómo la violencia afecta nuestra agencia, cómo inhibe o limita nuestra capacidad para actuar. Es obvio que la coacción directa hace esto, pero aquí me interesa dirigir la atención a otras formas menos obvias en que ello ocurre. Las formas de inhibición o limitación de la agencia a las que me refiero con-



sisten en minar nuestra capacidad para actuar colectivamente, eso que Arendt identificaba con el poder (véase Arendt, 1970). Como tal, son a la vez una inhibición o limitación de nuestra capacidad para confiar.

Las formas de violencia inaceptables y reprensibles, como la violencia de género y sexual, propias de nuestras sociedades, imponen ciertos desafíos a quienes intenten erradicarlas y a quienes busquen crear relaciones y órdenes sociales diferentes. Se trata de ver cómo un entorno violento impone un cierto relieve o una cierta orografía que condiciona las acciones colectivas con las que se puede responder a dicha violencia y a las dinámicas sociales que la apuntalan.

Pasemos entonces a hacer explícito parte de lo que significa confiar. En esta reflexión propongo no pensar en la confianza como una actitud emotiva descrita desde un punto de vista psicológico, sino como una actitud que implica una aprehensión o comprensión del mundo en la que puede haber acierto o desacierto porque supone creencias, valoraciones e intenciones prácticas que pueden ser consideradas desde el punto de vista de su racionalidad. Quiero plantear entonces el problema de la confianza en un mundo circundante violento en términos de una teoría de la acción racional, en especial, de los supuestos más básicos de una teoría de la acción colectiva racional.

212 |

Cabe advertir en este punto que la actitud para la que uso el término de confianza puede diferir de las actitudes, prácticas o emociones que una determinada sociedad identifica con tal nombre y sus traducciones a otras lenguas. Esto no me interesa, como no me interesan las variaciones culturales o históricas que se pudieran encontrar en actitudes de creencia, en el caso de querer esbozar una teoría formal de la verdad y preguntar por lo que hace a una creencia verdadera.

Al preguntar qué nos conviene hacer al habitar un entorno violento no pueden dejarse de lado otras preguntas como las siguientes: ¿en quiénes debo o tiene sentido confiar?, ¿qué asuntos, acciones o decisiones que me competen puedo confiar a otros y cuándo debo o tiene sentido hacerlo? Y, sobre todo: ¿por qué en un caso dado debo o tiene sentido confiar?

Estas preguntas no son ociosas en entornos violentos. Por desgracia, nos llegan noticias a diario de casos de feminicidios en donde la confianza depositada en parejas violentas juega un papel importante. Nos enteramos también de numerosos casos de homicidios, desapariciones, violaciones y abusos de toda clase que guardan relación con el hecho de confiar el cuidado de los hijos o de otros seres queridos a personas o instituciones que no eran capaces de protegerlos, o donde no tenían la voluntad de hacerlo.

El reclamo de las mujeres de no poder confiar en muchas de nuestras instituciones de seguridad y de procuración de justicia para que las protejan de las amenazas de violencia que enfrentan a diario es generalizado en el país. El Estado no protege a la población que habita en su territorio y menos a la que transita por él: no confiamos en la policía para que cuide nuestras vidas y las de nuestros seres queridos. Para llevar los ejemplos a algo todavía más inmediato: las universidades padecen una innegable crisis de confianza en lo que respecta a su voluntad y capacidad para erradicar la violencia de género y sexual. ¿Qué nos lleva a desconfiar? ¿Qué asumimos o dejamos de asumir cuando adoptamos esta actitud?

Permítanme empezar a conceptualizar la confianza a partir de uno de sus rasgos más extraños: la confianza es una actitud práctica, que consiste en estar dispuesto a hacerse vulnerable frente a alguien. Hay que señalar que hacerse vulnerable no significa ser ingenuo. La vulnerabilidad que caracteriza a la confianza con-

siste en dejar de hacer o planear cosas y en bajar la guardia frente a la persona en quien se confía (véase Baier, 1986). Dicho de otra manera, consiste en renunciar a la agencia y a la inteligencia práctica, así como a estar defendido de la posible mala voluntad de la persona en quien se confía. Cuando confiamos en que nuestros amigos, vecinos, compañeros o instituciones nos van a cuidar de la violencia o en que van a apoyarnos en una iniciativa o un proyecto, delegamos acciones y decisiones y hacemos otras cosas que solo tienen sentido en el supuesto de esa confianza.

¿Por qué nos hacemos vulnerables en estos casos? Porque pensamos o damos por sentado que de ello dependen cosas apreciables, como la posibilidad de andar tranquilamente por la calle, de estar seguros en nuestra casa, escuela o lugar de trabajo, de hacer cambios que consideramos benéficos en nuestras comunidades, o de cultivar nuestros principales intereses, como reflexionar y discutir de los temas que más nos interesan con otras personas que comparten estos intereses. Ello apunta a otro rasgo de la confianza, a saber, se trata de una disposición a hacerse vulnerable que apunta realizar cosas que valoramos. Dicho en otras palabras, confiamos porque al hacernos vulnerables frente a otras personas procuramos realizar o cuidar ciertos bienes.

De los bienes que realizamos o cuidamos al confiar hay algunos que no podrían existir si no fuéramos capaces de asumir tal actitud emotiva. Algunos son componentes elementales de nuestra vida, sin ellos nuestra capacidad de vivir en sociedad sería inconcebible. Sin la confianza en la sinceridad de nuestros congéneres no sería siquiera posible la comunicación ni el lenguaje como subproducto. Tampoco sería posible un acto social tan elemental como el de hacer una promesa, ni por lo tanto pactar (véase Baier, 1986). Sobre esto volveré en seguida, antes quiero destacar que la confianza no es un mero medio para alcanzar

bienes. Su valor no es solo instrumental, pues es también parte constitutiva de algunos de los bienes más apreciados: las relaciones interpersonales variadísimas identificadas con nombres como amistad o amor y los placeres que éstas hacen posibles, o como conversaciones plenas de confianza u otras formas de intimidad y complicidad que nos proporcionan satisfacciones profundas cuando tienen lugar en un ambiente de confianza mutua.

Quiero ahora llamar la atención sobre el hecho de que la capacidad para hablar y prometer depende de recibir la confianza del destinatario de tales actos. Más aun, advertir que alguien confía en nosotros es sentir la imposición, una suerte de demanda. Decirle a alguien "confío en ti en tal o cual asunto" es hacer explícita esta demanda, pero puede y suele tener lugar sin necesidad de que sea expresada. Saber que alguien confía en nosotros implica sentir la imposición de una demanda que puede o no ser atendida. Sentimos esta demanda cuando nos damos cuenta de que nuestras parejas, vecinos o compañeros confían en nosotros para que los cuidemos o para que apoyemos sus iniciativas y proyectos, incluso para que tomemos decisiones importantes por ellos. Esa demanda es un llamado a establecer distintas formas de compromisos con las personas que confían en nosotros: un llamado a establecer con ellos relaciones sociales que comienzan con la mera comunicación y con las promesas que nos damos unos a otros. En ese sentido, responder a la confianza con una expresión de cualquier tipo puede considerarse ya una forma de promesa, es decir, de obligarse a algo frente a quien confía y concederle el derecho a reclamar el cumplimiento de dicha obligación. Es decir, sentimos como una demanda, en estas situaciones, la posibilidad de establecer relaciones sociales con quienes confían en nosotros, una posibilidad de que solemos tener razones o motivos para aceptar.

En suma, al confiar en alguien le damos la capacidad de decirnos y de prometernos cosas, y mediante ciertas complicaciones de tales actos sociales, la capacidad también para aceptar peticiones, de aceptar la autoridad de alguien para ordenarnos cosas o para declarar normas o la existencia de hechos institucionales, etcétera. Recibir la confianza de alguien es recibir la capacidad para actuar en acuerdo con ella, a través de comunicaciones, promesas, pactos y demás actos sociales o actos de habla susceptibles de formar voluntades comunes. Actuar con voluntad común quiere decir aquí empeñarse en cuidar o hacer realidad algo que solo puede cuidarse o realizarse en la medida en que otras personas también se empeñan en ello. En términos coloquiales: organizarse. Por lo demás, si lo pensamos en clave arendtiana, confiar en alguien es otorgarle capacidad para actuar en concierto con nosotros; retirarle nuestra confianza equivale, por lo tanto, a extinguir dicho poder.

Es pertinente señalar que la violencia de género y sexual a menudo ocurre en el contexto de relaciones de confianza, ya sea porque el agresor y la víctima mantienen una relación afectiva, de amistad o de pareja, o porque existe entre ellos una relación laboral, pedagógica o académica que para ser funcional presupone confianza, o porque la violencia tiene lugar en un contexto en donde se traiciona la confianza que la víctima tenía en personas o instituciones con las que contaba para que la protegieran de tales riesgos.

Sin embargo, es un error querer resolver este problema con el precepto de desconfiar de todas aquellas personas o instituciones que pueden traicionar nuestra confianza. En primer lugar, porque por principio la confianza siempre puede ser traicionada; no es posible confiar en alguien bajo el supuesto de que tal persona es incapaz de traicionarnos; una incapacidad semejante es incompati-

ble con el hecho esencial de que confiar implica hacerse vulnerable frente a quien se confía, esto es, implica reconocer al destinatario de la confianza como alguien en libertad para traicionarla.

En segundo lugar, dejar de confiar en alguien implica romper la posibilidad de establecer cualquier vínculo social, empezando por la comunicación sincera y no simulada, pasando después a la posibilidad de establecer acuerdos y pactos con alguna esperanza de que puedan ser respetados por las partes. En ese sentido, hacer frente a la violencia de género y sexual con el propósito de transformar relaciones sociales e instituciones implica adoptar una actitud compleja y crítica hacia la confianza de la que éstas dependen.

Para ahondar en esta idea es necesario examinar qué asumimos al confiar y abordar el problema que dio título a esta sesión: ¿qué tipos de razones podemos aducir para dar cuenta de nuestra confianza o desconfianza en alguien? ¿Qué creencias, apreciaciones de valor y posiciones prácticas asumimos cuando confiamos? Empecemos por considerar que la confianza tiene de actitud práctica, abstrayendo de las creencias y valoraciones que puedan estar implicadas en ella.

Confiar en alguien es hacerse vulnerable frente a él, renunciar a la agencia y a la inteligencia práctica para delegarle estas facultades. En lo que respecta a su pura forma práctica, la confianza puede ser inconsistente, o en algunos casos simulada. Me refiero a situaciones en las que alguien dice confiar o incluso se cree confiar en alguien sin intentar hacerse realmente vulnerable frente a dicha persona.

Podríamos, por ejemplo, pedir a alguien realizar un trabajo crucial, y para estar a salvo de los contratiempos y malas decisiones o incumplimiento de su parte, yo hago el mismo trabajo que pedí. ¿Se puede decir que hubo confianza? La respuesta tiene

que ser un no, si por “confianza” entendemos la actitud que vengo describiendo. En algunos casos estas actitudes de falsa confianza pueden tener el propósito de explorar la posibilidad de confiar, de poner a prueba a la persona en la que se dice confiar para ver si realmente es posible hacerlo. Aún así, no hay ahí todavía confianza propiamente dicha porque no hay vulnerabilidad. Lo mismo puede ocurrir en casos de presunta confianza en una institución o en funcionarios de ella para atender una situación de discriminación o de abuso sexual. Confiar en tal institución o en tales funcionarios implica aceptar que tomen ciertas decisiones y que implementen ciertas medidas. Uno puede tener motivos para desconfiar en estos casos y podría ser plenamente racional hacerlo. Sin embargo, no hay confianza en aquellas situaciones en las que no se delega efectivamente en términos de agencia y de inteligencia práctica: hay ahí muchas veces incongruencia entre lo que se quiere o dice hacer —a saber, confiar— y lo que realmente se hace.

Estas incongruencias o contradicciones de la intención práctica inherente pueden ser formas de autoengaño o de simulación deliberada. En cualquier caso, es importante prestarles atención y hacerlas explícitas, pues engañarse en este punto significa asumir erróneamente que hay un suelo sólido para la colaboración y la magnificación de la capacidad de emprender acciones con sentido. Y vivir en la intención práctica de realizar algo que no somos capaces de realizar, esto es, querer lo no factible, es una forma de irracionalidad (sobre la racionalidad específicamente práctica, véase Husserl).

Consideremos ahora los componentes tóxicos de la confianza, las creencias que la acompañan: hacerse vulnerable frente a alguien solo puede ser racional, o solo puede tener sentido, cuando es compatible con la creencia de que tal persona desea ayudarnos y no perjudicarnos. Asumir que una persona nos

tiene buena voluntad es motivo para confiar en ella; descubrir que nos tiene mala voluntad es en consecuencia un motivo para desconfiar. Sin embargo, en ocasiones no basta constatar la buena voluntad del otro para dejar que sus resoluciones y acciones determinen el éxito o fracaso de nuestros afanes más queridos: es necesario también contar con que la persona en quien se confía es capaz de hacer lo que se le confía.

Denunciar el abuso de una persona con autoridad sobre nosotros puede tener consecuencias fatales si esta denuncia se hace ante alguien que no nos tiene buena voluntad o no es capaz de honrar esa confianza. Tal error de confianza da al abusador la posibilidad de sancionarnos con todas las ventajas que le confiere la conjunción de su autoridad y la vulnerabilidad a la que nos hemos expuesto al confiar. En suma, confiar en alguien sobre la base de la creencia falsa de que nos tiene buena voluntad cuando éste no es el caso es una forma de irracionalidad, lo mismo que hacerlo en la creencia falsa de que tal persona es capaz de hacer aquello que le confiamos.

Por último, diré unas palabras sobre la dimensión de racionalidad específicamente emotiva y axiológica de la confianza. Para que ésta sea racional no basta con que sea consistente en términos prácticos y con que implique además creencias verdaderas. Como ya apuntaba, la resolución de bajar la guardia y de renunciar a la agencia e inteligencia práctica en algún respecto solo tiene sentido bajo la asunción de que ello "vale la pena", o más precisamente, de que al hacer estas cosas uno contribuye o deja que se contribuya a realizar o cuidar algo que valora.

Esta asunción se basa en una aprehensión o "comprensión" axiológica-emotiva de la situación en la que se inscribe la confianza, y al igual que las creencias que la acompañan, también es susceptible de estar equivocada (sobre la aprehensión de va-



lor, véase Husserl). Puedo asumir que vale la pena hacerme vulnerable frente a una persona, en particular, porque aprecio la relación que tal confianza hace posible. Y puedo, tras una reflexión más atenta, descubrir que realmente ya no tengo ningún aprecio por tal relación. Uno puede equivocarse al asumir que desea o valora algo que tras cierta reflexión o curso de acontecimientos descubre que ya no desea o valora. Descubrir que la confianza no es participación en la realización o el cuidado de algo que uno valora es, por lo tanto, un motivo para dejar de confiar. ¿Es que tiene sentido someterse a la voluntad ajena solo porque sí, aun cuando esto no nos procure ninguna posible satisfacción por el lado del placer, del poder o del amor?

En última instancia, la decisión de confiar en un contexto social dado se relaciona con lo que se quiera hacer, con las formas en que se quiera crear nuevas relaciones sociales o en las que se quiera recrear las que se han roto o descompuesto. En este sentido, la confianza es una complicación de la esperanza: de aquella otra actitud emotiva que implica la intención práctica de contribuir a realizar un futuro deseado, pero incierto y fuera de nuestro control, una intención práctica que en los casos más extremos consiste en aguardar a la realización de dicho futuro deseado.

¿Qué esperanzas tenemos para confiar en el contexto de la desconfianza que ha creado la violencia de género en nuestra sociedad actual? ¿Qué bienes debemos realizar, reformar o preservar? En cierto sentido la cuestión de la violencia y de la desconfianza nos sitúa ante unas dudas fundamentales: ¿qué relaciones sociales queremos construir y cómo queremos definirnos a partir de ellas? ¿Es posible crear las condiciones para que surja confianza y con ello la posibilidad de establecer relaciones sociales donde antes no era posible o de reestablecer las que se han roto?

Pienso que al menos en algunos casos no hay razones para pensar lo contrario. Una persona, colectivo o institución puede crear estas condiciones al dar muestras de buena voluntad ante aquellos cuya confianza quiere ganarse y muestras de tener sus esperanzas puestas en las mismas cosas que ellos. Confiar en alguien también hace más fácil que esta actitud sea recíproca porque atempera la vulnerabilidad: confiar en alguien es conferirle un poder sobre nosotros. Es más fácil hacer esto mismo con alguien sobre quien nosotros tenemos la misma forma de poder que sirve de contrapeso en caso de una posible traición.

No es racional confiar en quien no tiene interés en establecer con nosotros una relación social aceptable, o mejor aún, deseable. En la primera parte de esta presentación retomé la hipótesis de Segato: la violencia sexual hacia las mujeres obedece a la lógica del castigo por la desviación del orden patriarcal de la "ley del estatus". Si tal hipótesis es acertada, en la tarea de construir una sociedad igualitaria en lo relativo al género nada puede venir antes que emprender esfuerzos serios por erradicarla. Si se la entiende como violencia absoluta o pura que escapa a la lógica instrumental, esta violencia aniquila a las mujeres y al mundo en el que ya no se las puede someter por la fuerza.

Por lo tanto, representa una amenaza directa a todo intento por establecer nuevas sociedades en donde las mujeres sean reconocidas como iguales a los hombres, respecto a la satisfacción de sus necesidades básicas, al derecho a la igualdad ante la ley, a la participación en la creación de nuevas instituciones y leyes, y al reconocimiento de sus aportes a la sociedad (véase Honneth, 1995). Pienso que solo se puede hacer frente a esta violencia con el poder y la organización colectiva que la confianza hace posible. Pasar por alto la dimensión racional de esta actitud puede llevar a pensar que nos encontramos ante un callejón sin

salida donde la violencia inhibe la confianza y con ello la posibilidad misma de revertirla. He tratado de mostrar que podemos salir de este falso problema si nos preguntamos en quiénes confiamos, en qué asuntos y con miras a establecer qué tipo de relaciones lo hacemos.

Un entorno donde ha proliferado la violencia como el México actual, delimita la confianza de quienes más la han padecido. En lo que respecta a la violencia sexual y de género, es solo racional que gran parte de las mujeres desconfíen no solo de las autoridades de gobierno y de distintas instituciones, como las universidades, que han sido incapaces de proteger sus vidas y garantizar sus derechos humanos, sino también de quienes vivimos en la condición de hombres.

Antes de asumir la necesidad de recobrar esta confianza es conveniente preguntar para qué querríamos hacer tal cosa. Tal confianza solo podría ser racional si se basara en muestras de buena voluntad y de deseos genuinos de establecer relaciones verdaderamente equitativas. Fingir estas muestras para ganar dicha confianza equivaldría a querer perpetuar los abusos propios del patriarcado sobre la base del abuso de confianza.

No se puede decir que tenga buena voluntad hacia las mujeres quien no se oponga sin reservas ni simulaciones a la violencia que padecen a diario; no se puede decir que deseen establecer relaciones equitativas quienes se oponen a todo intento por cambiar los roles tradicionales de género. Solo con la oposición hacia la violencia y hacia la inequidad de género se puede aspirar a construir o a dejar que renazca una confianza sobre bases distintas a las del engaño y la simulación.